

PRIMERA ANTOLOGÍA
DE LA
CIENCIA-FICCIÓN
LATINOAMERICANA

RODOLFO ALONSO EDITOR

COLECCIÓN AVENTURA

Katariche
<http://www.scribd.com/people/view/3502992-jorge>

*Diseño gráfico de
Sergio Camporeale*

*Impreso en la Argentina.
Queda hecho el depósito
que previene la ley 11.723.
1970, Rodolfo Alonso Editor,
calle Florida 671,
Buenos Aires.*

ARGENTINA

ALICIA SUÁREZ
SAMANTHA

"Savia joven en sus venas y calor en sus entrañas..."

La voz se había amalgamado con el viento. Había sido un susurro suave y misterioso. Antes del sueño, sólo un instante antes, el hombre ha traído el líquido verde, translúcido.

-Bebe.

Samantha ha estado mirando la noche. Ha percibido el insondable desasosiego que produce la negrura, en el silencio, tras los cristales. Ha abierto la ventana entonces.

El fresco aliento de la brisa roza la piel de los hombros, estremece su garganta. La brisa lleva el aroma de la flor, la corteza y los pastos húmedos. Y el olor de cosas ancestrales. El olor del polvo de las ruinas, del brote primigenio.

Samantha no conoce el olor del Tiempo.

¿Qué sensación es aquella que ha cruzado las vastedades de todos los mundos para latir en sus entrañas?

Despertó repentinamente y se prendieron sus pupilas a aquellas otras profundas pupilas brillantes de triunfo.

Era la media tarde.

-Leonard...

Ella tenía ojos dorados. Los descubrió de pronto tan dorados como la tarde en que se habían encontrado bajo el sol y él había advertido que no eran verdes, sino del color del oro.

"¿Recuerdas... recuerdas ese atardecer..?"

No, aún no. Aún no.

-Leonard.

-Todo está bien ahora, querida. Dime como te sientes.

-Bien. Me siento maravillosamente bien. ¿Qué ha sucedido? Oh, Leonard... abre la ventana, quieres?

El hombre caminó hacia el amplio ventanal y dejó que la esencia de la tarde perfumada penetrara en el cuarto. Después observó el rostro de la mujer; las tersas mejillas arreboladas, la boca-capullo, rosada, perfecta.

-¿Sientes la fragancia de los azahares, Samantha? Han florecido los naranjos... Has estado inconsciente un largo tiempo; cuando aún no había flores en las copas de los naranjos. Ahora... ahora yo te hablaré de ella. Hablaré de su cuerpo como el tuyo, de sus ojos embriagados de sol. Pronto, pronto será tan perfecta como una mujer. Y yo diré: toma, tómala Samantha, es para tí.

-Si, recuerdo. Quiero verla, Leonard. Quiero...

-Iremos caminando por los campos primero. Sólo caminaremos sin dirigirnos hacia ningún lugar. Has permanecido allí quieta y en silencio. Has estado tan quieta, Samantha... Todo está aguardándote. Tu vestido, te pondrás tu vestido blanco...

-¿Vestido blanco?

-Hay un vestido para tí. Te verás bonita.

Dejando atrás la casa con sus recovecos frescos y silentes, y el perfume de los primeros capullos abiertos junto a las paredes blancas, se extendía el fecundo océano tierra siena ramificándose en polvorientos senderos semicubiertos de hierbas, desgajándose en madre selvas y rosas silvestres, desangrando gota a gota su savia preciosa en racimos morados, henchidos, brillantes.

Ellos avanzaban por el camino, los pies descalzos como un ritual de la primavera, las manos unidas, latiendo las palmas calientes. El albo vestido se había enojado con la verde

sangre de los tallos jóvenes, con el trémulo desgarro de los pétalos rosados, amarillos, escarlata. Un fruto pequeño, tierno corazón del crepúsculo lila, dejó tres manchas del color del vino y Samantha, Proserpina pálida de la media noche, emergida de mil párpados quietos, mil rojos segundos latiendo en las tinieblas, despojóse de la túnica vestal y se hundió en la fragante alfombra florida. De pie en lo alto de la colina, Leonard la vio ascender, los largos muslos elásticos hendiendo el aire, el sol último centelleando en los cabellos. Allí, el aire golpeando el rostro, el torso del hombre y su cuello y sus brazos. La brisa perfumada de naranjos y jazmines, perfumada de madera y mar y follaje y muros y raíces. La brisa sabiendo a duraznos roza las manos de Samantha; acaricia su pecho, aletea en su cintura.

Un susurro, un leve deshojar de la boca-capullo.

–Es la esencia del estío.

–Sí, el verano ya está en el aire, Samantha.

Leonard tomó su mano y descendieron lentamente.

Llegaron al gran taller con el cielo obscurecido y los susurrantes árboles atrás, desdoblándose en sombras afiladas. La puerta ancha, sólida como el portal de una fortaleza, se echó hacia un lado y los oídos se aguzaron instintivamente para acusar el chirrido. Leonard movió su brazo. Junto a la pared, mágicamente, lo elevó y la luz se esparció de pronto; y pareció que hubiese tardado cinco segundos más en llegar a los rincones.

–Oh... –dijo Samantha.

Allí estaban los cromos y los aceros azules. Las ruedas enormes y pequeñas, las ruedas dentadas, lisas, sencillas, extrañas. Los cables blancos, rojos, negros, amarillos. Y los frascos, los frascos de cristal y los tubos conteniendo líquidos y cosas desconocidas. Y estaban los muebles con los misterios tras sus puertas.

–¿Ha estado aquí... ha estado aquí todo esto mientras yo dormitaba fuera de la vida.. ?

Samantha quiso recordar algo de la inconsciencia y fue como un humo blanco y denso que se negara a expandirse, permaneciendo tras sus doradas pupilas petrificado y estático.

Ella se volvió hacia Leonard y él habló muy suavemente. Ella miró sus labios que se entreabrían apenas para dejar pasar las palabras.

–Tú has estado en este lugar, Samantha. Te he necesitado para crearla y por eso has yacido allí, en la camilla. Por las noches, cuando yo trabajaba.

Había dos camillas. Samantha se acercó, los párpados cubrieron sus pupilas y pudo entonces oír el ronroneo de las máquinas. El arrullo, el tintinear, el golpeteo, el rodar de las máquinas sudando aceite. Y pudo imaginar las manos, las largas manos de piel dorada, vigorosas y sensitivas, trabajar sobre su cuerpo copiando sus miembros, sus manos, su rostro.

Después, ambos salieron y caminaron cruzando las sombras de los árboles. Leonard se detuvo al pie de la escalinata y Samantha le escuchó ya en el porche:

–Es una noche muy hermosa. Como aquella noche que supe iba a construirla y reí, reí...

Samantha temió esa noche.

El viento aulló como un cachorro de fiera descubriendo un juego nuevo.

"Savia joven en sus venas y calor en sus entrañas... – ha escuchado la voz enfebrecida. El temor ha subido a su garganta. ¿Qué iría a ocurrir ahora o después, en algún momento en la casa, con aquella "mujer"?"

Era como si no fuese un robot. Un ser humano, un perfecto ser humano.

Samantha temió por ella.

–[Samantha – dijo Leonard a sus espaldas. Y aspiró el aire y olió el polvo de las ruinas y el húmedo interior de las ánforas sepultas y el moho en las paredes de las piedras cubriendo a los muertos en la tierra profunda. – Pronto estará lista, pronto... ¿Sientes el olor del Tiempo?"

No, ella no ha percibido el olor del Tiempo. Se ha estremecido. Casi creyó que los largos dedos amasadores de seres-perfectos-con-vida-no-humanos, hubiese rozado sus hombros. Pero sólo la brisa ha jugado sobre su piel.

Pensó en la robot que aguardaba en el taller, y bebió el líquido verde que sabía a menta fresca.

"Cocinará por mí, lavará por mí; pero yo cortaré las flores y sumergiré sus tallos en los jarrones de cristal, yo lo haré... ella atenderá también a la odiosa señora Brand; la atenderá por mí."

Si al menos pudiese recordar la noche en que Leonard había pensado en la robot y había reído...

Algo susurró Leonard y ella creyó adivinar:

-Savia joven, savia joven, savia joven...

-Zzzrrrrrrrh... rrrrr... zzziiiiibbb...

Aun zumban las máquinas y ronronean. Samantha está muy quieta en su camilla. Las máquinas parecen rodar y girar en su cabeza. Quizás sólo se escuchan dentro de su cráneo.

Leonard no está allí.

"Regresará pronto..."

Parece lógico si se piensa que pronto estará allí, entre las máquinas.

Ahora Samantha gira la cabeza y no alcanza a distinguir la otra camilla con el bulto inmóvil. Está oscuro.

"Habrá que convivir con ella, tratarla bien."

Claro. Está tan oscuro todo...

Se incorpora lentamente, con cierta dificultad. En la otra camilla... No puede verla pero allí está, allí, a unos pasos. Y ella... necesita tocarla. Los cabellos, la línea del cuello y los hombros...

La mano desciende, desciende, se detiene; desciende otra vez y roza la superficie de la camilla. Ahora, las dos manos palpan frenéticas la blancura semimullida.

"¡Se ha ido, la robot se ha ido..!"

Qué extraño es estar allí, de pie en el taller, en la obscuridad...

La puerta, la puerta se ha abierto y la luz se expande. Y los pasos y las voces.

- ...fue perfecto, todo perfecto querida.

-¿Se acostumbrará?

-Sí. El último paso - Leonard descubrió el pequeño objeto azulado en el hueco de su mano y presionó los botones.

Samantha, tres manchas del color del vino en su vestido blanco, no-Proserpina-naciente-de-la-tierra-hacia-el-verano los vio, el hombre sonriendo, la mujer de ojos dorados, mejillas tersas, boca-capullo, largos miembros elásticos ...

-Esta tarde vendrá la señora Brand. Oh, querida, esa mujer es insoportable; es tan... tan...

-Sí, sí, lo es.

-¿La atenderás tú, verdad Samantha?

Algo se quebró dentro de Samantha, en su cráneo, con un estallido colosal que eclipsa el sonido de las máquinas. Algo comenzó a funcionar con la precisión de un reloj; algo que, mientras por la amplia puerta llega el olor del verano y el de todos los anteriores veranos que ella no alcanza a percibir, le obliga a responder:

-Sí, señora.

BRASIL

CLÓVIS GARCÍA
EL PARAÍSO PERDIDO

El abuelo salió a la puerta de la casa, se sentó en el banco de costumbre y se puso a mirar las estrellas.

El paisaje de alrededor estaba silencioso en aquel comienzo de la noche. El valle bajaba árido y, sólo en el fondo, junto al depósito de agua, algunos arbustos elevaban sus ramas retorcidas. El colorido, de tonos rojos durante el día, se había desmayado y no permitía distinguir las rocas, la arena y la raquítica vegetación. En uno u otro punto de la cuesta, parpadeaban las luces de las casas esparcidas que formaban la pequeña comunidad. El día había sido caliente, en medio del largo verano, y las colinas desnudas que cercaban al valle reflejaban todavía el calor acumulado. La noche se anunciaba tranquila y agradable.

El abuelo, sin embargo, miraba a las estrellas. Se acordaba de otro valle, también calmo y tranquilo, también agradable y caliente, pero todo verde, con grandes árboles agitados por la brisa suave, con el ruido del agua encajonada por las piedras del fondo, de los pájaros acomodándose para pasar la noche y de los primeros sapos. El abuelo había vivido en otra época, en otro lugar, y ahora, casi ciego, con los ojos nublados por la enfermedad y por la nostalgia, procuraba mirar las estrellas mientras veía interiormente su valle natal.

Los otros miembros de la familia habían salido al frente de la casa. El padre se sentó en una silla y encendió la pipa. Los rapaces se esparcieron por el espacio seco que hacía las veces de jardín, conversando alegremente, comunicándose las experiencias del día y comentando la excursión que pretendían hacer el próximo domingo. La madre terminaba de arreglar la sala y no tardaría en venir a recostarse en la puerta.

Los nietos menores, sin embargo, se sentaron junto al abuelo:

–Abuelo, cuéntanos algo de la Tierra, le pidieron. El viejo abandonó su visión interior y se volvió hacia los nietos. Un dolor agudo le embargó el pecho, un deseo de llorar. ¡La Tierra! La querida y vieja Tierra, ahora perdida para siempre. Girando en el espacio como un planeta muerto. Pero que él había conocido lleno de vida, con sus ciudades, sus bosques, la lluvia, las bellas madrugadas con los colores de la luz filtrada por la atmósfera y reflejada por las nubes. Un planeta en el que se podía vivir, amar y morir tranquilamente.

–La Tierra, hijos míos, la Tierra era el paraíso... Los rapaces mayores fueron a buscar los cascos y todo el equipo necesario para la excursión que harían el domingo. Mientras lo revisaban, pues la atmósfera de Marte fuera de los valles era muy rarefacta, lo que exigía un equipo de aire, oían las historias del abuelo. El padre y la madre también prestaban atención. Habían dejado la Tierra muy niños, en la fuga precipitada, y poco se acordaban del viejo planeta. El abuelo, sin embargo, había vivido allá gran parte de su vida. Y contaba lo buena que era y lo feliz que era la vida en el planeta perdido por los hombres.

El abuelo vivía de sus recuerdos y, aunque no lo confesase, aguardaba con ansiedad aquellos momentos de la noche en que podía contar a los nietos, e incluso al padre y la madre, cómo eran las cosas en la vieja y querida Tierra. Cómo eran los campos verdes en que trabajaba cuando mozo, cómo se organizaban cacerías en el interior de los bosques.

–Di, abuelo, di cómo era el bosque, pedía un nieto. Y él describía los árboles, el viento murmurando en el follaje, el calor húmedo, el olor de las hojas pudriéndose, las flores, los animales, los pájaros.

Había nubes en el cielo, aire puro en todas partes, la lluvia que caía haciendo crecer las plantas. Los crepúsculos, el viento de las noches invernales. La primavera. Y los frutos, el buen alimento natural producido por la tierra.

–Vosotros no os podéis imaginar lo que era una naranja. –Y el abuelo sentía el caldo dulce correr por su boca. –Nada de esos alimentos sintéticos que usamos aquí. Este no es un planeta para que viva el hombre. Donde todo tiene que ser producido artificialmente. Lo que se come, lo que se viste, el calor en los largos inviernos, el aire que se respira fuera de los valles. Aquí el hombre tiene que trabajar y conseguirlo todo con el sudor de su rostro.

En la Tierra, no. La Tierra era el paraíso. Pero una vez el hombre había desafiado a Dios. Renovó el pecado de orgullo, el pecado original. Quiso dominar las fuerzas de la naturaleza,

quiso, otra vez, igualarse al Creador. Y nuevamente vino el castigo, fue expulsado por una espada de fuego que todo lo había consumido.

El abuelo se acordaba de los primeros experimentos y de la primera explosión atómica. El resultado había atemorizado a toda la humanidad. Pero el orgullo y la ambición habían sido más fuertes. Las voces que se levantaron, prudentes y avisadas, no fueron oídas. El hombre probó el fruto del árbol de la ciencia y del mal. Nada podría contenerle. Y había conseguido transformar la Tierra en un devastado planeta prohibido, que giraba abandonado Por el espacio inmenso, envuelto en un manto de radioactividad.

Algunos hombres habían previsto el desastre. Escaparon a tiempo del peligro y se vinieron a Marte, donde se instalaron en pequeñas colonias en el fondo de los valles, que conservaban una atmósfera más densa y el calor del día. Todo lo demás, sin embargo, era hostil y el hombre tenía que vencer las condiciones inhóspitas del planeta que no le había sido destinado pero que tuvo que escoger como refugio.

–Pero, abuelo, ¡Marte es tan bello, la vida es tan buena aquí! –Uno de los rapaces mayores no se contuvo–. El trabajo en la fábrica de aumentos, las excursiones fuera del valle, el paisaje rojo y amarillo, los juegos en las suaves arenas de la meseta, el frío seco de los largos inviernos. Este es nuestro planeta, aquí nacimos y vivimos. Esta es nuestra casa. No puede haber nada mejor. No creo que la Tierra...

Pero el padre le hizo una seña de que se callase. Los rapaces se desinteresaron de las historias del abuelo. Y bajaron al centro comunal donde otros rapaces, marcianos como ellos, los esperaban para los juegos nocturnos. La madre miró la hora:

–Niños, entrad a preparar vuestras lecciones. De aquí a poco empezará a refrescar.

Los niños se fueron para el interior, de mala gana. Preferían continuar oyendo al abuelo. La madre entró también para vigilarlos. El padre se levantó:

–Voy a la Administración –avisó a los de adentro– Tengo que discutir unos asuntos.

A la puerta de la casa sólo quedó el abuelo. Sus ojos nublados se volvieron al cielo. Allá, a lo lejos, un punto brillante continuaba su giro solitario. Un triste y desierto planeta destruido por sus propios hijos. Pero el abuelo veía la Tierra como fue y nunca volvería a ser. El paraíso perdido...

Traducción de Ángel Crespo

ANTONIO OLINTO
EL NIÑO Y LA MAQUINA

Los instrumentos parecían esperar. El niño tropezó con una llave hendida, la probó con seguridad. Como si hiciese aquello desde hacía muchos años. Halló en el gesto maneras acostumbradas, se encontró. Miró un momento hacia afuera y una gaviota se cernió, inmóvil, contra la lontananza, después se zambulló. No quería salir ahora, iba a perder tiempo en la plaza. Tiró un cable del lado izquierdo, lo conectó con otro, lo arrolló en el toma. Todo siguió igual. Debía estar equivocado. El niño sabía que, en algún punto de la maraña de cables, botones, bielas y correas, yacía la respuesta. No es que hiciese cuestión de resolver la cosa de apuro, pero le parecía bien prepararse para el momento. Vio cuando la madre llegó a la puerta -"Ven a almorzar, Roberto"- y sintió pena de dejar el cuarto. Ella continuó:

-¿Qué es lo que estás haciendo hoy?

La voz del niño era casi inaudible:

-Todavía no lo sé.

La madre estudió algún tiempo el rostro de él, tranquilo, pensó que nunca iba a entender a aquel niño, siempre metido en el cuarto, dando vueltas con tornillos y aparatos, leyendo libros con figuras de máquinas y dibujos de electricidad. Repitió:

-Ven a almorzar.

El se levantó con calma, fue a lavarse las manos, y aquel cable no era el que debía haber conectado, sino el otro, el que salía directo de la panza del aparato, después iría a ver aquello con tiempo, cuando llegó al lado de la mesa ya el padre, el hermano y la hermana comenzaban a comer. Sólo la madre esperaba por él:

-¿Quieres bife?

-Sí, quiero.

El gusto lo descansó un poco, y el ruido de platos y cubiertos, de dientes en la comida y de la televisión, la trajo totalmente de vuelta al domingo de sol, con millares de personas colmando Copacabana. El hermano hablaba:

-¿Fluminense o Botafogo?

Y la hermana:

-Fluminense gana. ¿Quieres apostar?

-Para qué. La otra vez, no me pagaste. Roberto miró a su hermana, nariz un poco arremangada, ojos negros y sonrisa siempre a la espera, la niña más alegre de la calle.

El partido había comenzado. En el rectángulo del televisor, los jugadores corrían de un lado a otro, y la pelota saltaba con vida propia. Sólo Garrincha parecía tropezar con ella. Aquello Roberto lo entendía, Garrincha corriendo en un extremo de la tela, obligando a la cámara a moverse más rápida, haciendo caer a otros al suelo, dando un súbito puntapié que nadie esperaba. Se olvidaba del aparato, en la contemplación del hombre que jugaba con simplicidad, que usaba sus instrumentos de fútbol como a él le gustaría saber usar un cepillo. El pueblo gritaba en el estadio, había sol en la tarde afuera y el tiempo, maduro, pendía del techo. Se quedó hasta el final. El partido terminó empatado, pero el recuerdo de los trazos ligeros cortando el visor lo entibiaba como una comida.

Volvió al cuarto y esperó mientras el hermano iba a ver lo que estaba haciendo, miraba las válvulas sueltas en el solarío, y la hermana se agachaba para recoger una lámpara roja. Roberto corrió detrás de ella, necesitaba la lámpara.

-¿Para qué?

-Para acabar lo que estoy haciendo.

Consiguió recuperarla, entró de nuevo, se quedó fingiendo que trabajaba hasta que todos se apartaron. Los padres también se acercaron. Con las manos en el bolsillo, el viejo repitió que iba a ser ingeniero de los buenos, la madre quiso decir que ya lo era, se quedó quieta.

Muy lentamente, el niño tomó cuenta de cada pieza de la máquina. Sentado, dispuso todo delante suyo, el martillo pequeño, el alicate, los clavos, los pedazos de material plástico, el caucho, soportes, láminas, dos contrapesos cilíndricos, manivelas. Con tres discos sobre la

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

